

Fantasma sepias

El número de febrero de la revista *Año Cero* presentaba como artículo principal un extenso trabajo sobre los fantasmas. En el editorial, Enrique de Vicente se lamentaba del escepticismo de la mayoría de la población de varios países hacia la existencia de espíritus.



Presunta manifestación ectoplásmica producida por el médium Jack Webber.

La justificación es realmente obvia y razonable: ya que “continuamente estamos siendo atravesados por una multitud inconmensurable de ondas portadoras de información, entre ellas, las que sirven como soporte a los cientos de miles de emisiones de radio y televisión o de conversaciones realizadas con teléfonos portátiles. Por ello no considero irracional admitir que existan otras entidades –las cuales serían, de manera semejante a como lo somos nosotros– portadoras de información”. Obsérvese que el autor del editorial se considera “portador de información”. Vamos, que si las ondas de radio sirven para comunicarse, ¿por qué no van a exis-

tir los fantasmas?

Y comienza el rosario de anécdotas de fantasmas. Aunque parece increíble, el fenómeno ha sido estudiado de manera sistemática, y las apariciones se dividen en dos clases: *apariciones excepcionales* y *espectros persistentes*. Tenemos personajes de todos los tipos y colores: desde un operario de una fábrica de automóviles de Detroit, pasando por Anaxágoras, hasta un piloto de caza de la Primera Guerra Mundial que, al ser derribado sobre Francia, se apareció en Calcuta y en Inglaterra simultáneamente.

Pero lo que me parece sorprendente, y no había leído nunca, es que parece ser que existen fantasmas de animales ¡e incluso de objetos! En la Torre de Londres, por ejemplo, se materializó un misterioso frasquito delante de las narices de un vigilante y su asustada esposa. Tenemos además, por supuesto, los clásicos trenes, barcos, y aviones fantasma. Me pregunto cuánto tardará en aparecer por ahí un ordenador fantasma...

Para que no nos desistemos, en el artículo, firmado por Javier Arriés, incluyen unas sugerencias sobre el equipo del perfecto cazafantasmas y unas normas de comportamiento muy interesantes, a saber –citado textualmente; el texto entre paréntesis es del autor del presente artículo–:

- “Mantenga la calma y permanezca quieto” (no vaya a asustarse el presunto fantasma).
- “No lance objetos hacia la figura” (si no es un fantasma, podría ser denunciado por agresión).
- “No se acerque; procure observar y fijarse en los detalles”.
- “Compruebe que en realidad está viendo lo que cree; una buena forma de hacerlo es presionarse un ojo; si la visión permanece inalterada, usted sufre una alucinación” (bueno,

pero si, como dicen algunos, el fantasma es una *proyección telepática*, debería ser como una alucinación).

Aunque, sin duda, el broche de oro es una foto prodigiosa: se supone que retrata al medium inglés Jack Webber en los años 30, en plena sesión regurgitando ectoplasma. Pues bien, ¿alguien tendría la bondad de explicarme por qué la foto entera está en color sepia –se supone que por ser una foto vetusta– y el ectoplasma de marras en color *blanco nuclear*? Si es que no aprenden...

BORJA MARCOS

Aguas ásperas

Es increíble la cantidad de cosas nuevas que uno puede aprender por el simple hecho de abrir una revista; y, como muestra, un botón. Resulta que beber agua *contaminada* con sales minerales es perjudicial para la salud. Para asegurar la pureza del agua que bebemos, es necesario destilarla.

Realmente, nunca me lo había planteado. El anuncio, publicado en el número de julio de la revista *Más Allá*, explica las razones por las que es preferible beber agua destilada. Para empezar, quien crea que beber agua destilada es perjudicial para la salud, no puede estar más lejos de la verdad: “Los minerales que el agua transporta no son más que piedras trituradas. Igual que no podemos alimentarnos de arena, no podemos alimentarnos de agua. Nuestro cuerpo sólo puede obtener sales minerales de fuentes orgánicas...” Desde luego, esto es capaz de aterrorizar a cualquiera; sólo de pensar en mi pobre esófago torturado por los trozos de piedras que bebo junto con el agua, me pongo a temblar. Con los tres litros de agua común que ingiero al día, debo darle un tratamiento equivalente a una pasadita con lija del cero. Y, para colmo, esas sales no me sirven para nada.

La sarta de despropósitos continúa con una aclaración necesaria y de una rotundidad abrumadora: ¿a que nadie se había preguntado por qué los fabrican-